

chándola contra su pecho;—aquí, aquí, sobre mi corazón, siempre aquí.

La pobrecilla se estremeció, miró alrededor, miró al mar, miró á la isla, miró á su esposo y exclamó:

—¡Oh! ¿es un sueño?

Y el jóven, interrumpiéndola:

—No, ángel mio, ¿es el despertar!

Y el buque volaba como si lo llevase el viento...



DIA MEMORABLE.

UNA señorita decia á un oficial que venía de campaña:— Explíqueme usted bien lo que se siente en aquellos momentos terribles, y no exagere, se lo ruego. Ustedes los militares, cuando hablan de la guerra, se despachan á su gusto, y siempre encuentran crédulos. Yo no me cuento en este número, se lo prevengo. Dígame la verdad, nada más que la verdad, sin retóricas ni atavíos; porque descripciones enfáticas de reñidas batallas, bastantes he leído en los libros, y todas están calcadas sobre el mismo patron.

—No es poco lo que pide V. ¿Cómo quiere que así, sin prepararme?... Déme algun tiempo para reunir y ordenar mis recuerdos; si no haré un batiburrillo sin piés ni cabeza.

—No, señor capitán; nada de preparación: no quiero una disertación filosófica, ni tampoco una brillante página de historia militar. Dígame de pronto, á la buena de Dios, como se le venga á las mientes, todo lo que ha visto. Vamos, no se haga V. de rogar: hable.

—¿Lo exige V?

—Lo exijo.

—Hablaré, pues; pero le advierto que no he de decir más que lo que haya visto por mis propios ojos; si el relato no es muy divertido, no será mía toda la culpa.

—Eso es lo que yo quiero. Empezé.

—Comienzo, y en primer lugar... una idea del terreno. Atienda. Supongamos que esta es la cadena de los Alpes. — Aquel contrafuerte, que se destaca...

—¡Topografía! ¡Oh no! ¡Por caridad!

—¿No quiere V. topografía? Me explicaré de otra manera. Mejor será. Supongamos que estamos en medio del campo, al aire libre, por la mañana, en un hermoso día de verano, límpido y tranquilo. Supongamos que á partir de aquí, bajo de nuestros piés, el terreno se vaya levantando suavemente y suba y suba, hasta formar una hermosa colina, ancha, elevada, de regulares contornos, cuya cresta se dibuja en el horizonte á un cuarto de hora, á media hora de camino del punto donde estamos; una hermosa colina verde,

cubierta hasta la mitad de su pendiente de setos, árboles y largas guirnalda de vides, surcada por numerosas zanjas, cruzada en todos sentidos por sendas y cercas de piedra amontonada, como se usa para señalar los lindes de los campos. Aquí, un espacio de terreno cubierto de verde hierba; allá otro pedazo desnudo, rojizo, lleno de peñascos; aquí una subida fácil, casi llana; allá una cuesta áspera y escabrosa. ¿Se imagina bien esa colina? ¿la ve V?

—La veo.

—Bien. Suponga ahora otra cosa. Suponga V. que una buena parte de la colina, de la cresta hácia abajo, está completamente desprovista de árboles y edificios, desnuda, rasa, y que la bate bien el sol, de modo que se descubra distintamente cada surco, cada arbusto, cada persona, si hubiese personas.

—Bueno.

—Ahora vuélvase atrás. Supongamos que allá á derecha é izquierda, lejos, al pié de los árboles, detrás de los setos, en medio de las viñas, dentro de las zanjas, en pié, sentados, acurrucados, tendidos en el suelo, unos con la cabeza descubierta, otros con el uniforme desabrochado, unos con el fusil entre las piernas, otros con el fusil en el suelo, callados, serios, taciturnos, hay muchos soldados: trescientos ó cuatrocientos; ó quizás más: un batallón. Aunque esparcidos y disemi-

nados, conservan todavía cierta apariencia de orden de columna. Los oficiales están delante, formando un grupo. Hablan entre sí en voz baja, con diálogos cortados, con monosílabos, con ademanes mudos. De cuando en cuando giran los ojos alrededor, á un lado y otro, abajo ó arriba, pero más frecuentemente hácia arriba; parece como que por allí aguardan algo. Todas las miradas se dirigen á aquella cumbre; de un momento á otro debe aparecer alguna cosa por aquella parte, y en efecto, mire V. allá, hácia la izquierda, en la cresta de la colina, donde está aquel bosquecillo de cipreses, mire aquella cosa negra, larga, que se mueve, avanza poco á poco, y parece una de esas manchas de sombra que las nubecillas aisladas dibujan sobre el terreno al pasar por delante del sol. Mire, mire cómo se acerca y cómo se alarga. Es una columna de soldados; deben ser muchos, ¿no es verdad? Parece que caminan muy despacio; pero es por efecto de la distancia: en realidad, van á paso ligero, ¡y tan ligero! Mire V. dónde están ya. ¿Ve aquel relampagueo que corre rápidamente de un cabo al otro de la columna? Es el resplandor de las bayonetas. Llevan el fusil al hombro; se ven ya más distintamente que ántes. Mire ahora la gente que tenemos detrás, junto á nosotros: todos están mudos, todos inmóviles, y con la boca medio abierta, con los ojos fijos en aquella tropa, en

aquellas bayonetas, siguen todos los pasos de la columna, notan todas sus oscilaciones; no se oye respirar á nadie, no se percibe un movimiento, todos son de mármol. De pronto grita una voz:— ¡Allá, allá por la otra partē!— Todos se vuelven al otro lado, y en efecto, miremos allá arriba, á la derecha, sobre la cumbre, donde está aquella casucha: vea lo que viene. Una columna más larga, más nutrida, más formidable, resplandeciendo también con sus fulgurantes bayonetas, avanza en direccion opuesta á la primera, cerrada, rápida, decidida; vuélvase V.: ¡qué ruido y qué charla!—¿Cuántos serán?—¿Un regimiento?—No, dos batallones.—O uno.—No, no, dos.—Tres.—Parecen cazadores.—Cazadores son.—¿Es tropa de línea?—Digo que cazadores.—Hombre, no.—Hombre, sí; se distinguen los penachos.—Se detienen.—A tí te lo parece.—Se han detenido, te repito.—Pero, ¿no ves que se mueven?...

La señorita continuaba atenta sin pronunciar palabra.

—Mientras tanto, el terreno entre aquellas dos columnas disminuía. Lo medíamos estremeciendonos á cada momento. Corría sin tregua la mirada de una columna á la otra, de aquella á ésta, rápida como el pensamiento, inquieta, ávida; toda el alma estaba en los ojos; toda el alma estaba allá arriba. Y el terreno intermedio men-

guaba y menguaba, y las dos columnas estaban muy cerca, y avanzaban cada vez con mayor rapidez, cada vez con paso más ligero, algo desordenadas ya y confundidas. Nosotros permanecíamos siempre con los ojos dilatados; inmóviles, clavados allí, y el corazón palpitaba y suspendíamos la respiración...

—De pronto, casi al mismo tiempo, un vivo resplandor brilló en ambas columnas, y desapareció al momento. Habían bajado las bayonetas. Enseguida emprendieron paso de ataque. Un grito, que debía ser formidable, llegó casi apagado hasta nosotros.

Contestamos con un estremecimiento.

—Miradlos, van á chocar las dos columnas.— Han chocado ya.—Una de ellas cede, se alarga, se rompe, se esparce á derecha é izquierda... Está en retirada, está en fuga.

Un nuevo grito, un grito de triunfo llega hasta nosotros, y esta vez respondemos á él. Nuestro grito tanto tiempo preparado en las entrañas, pero comprimido y ahogado, surge por fin de lo más profundo del alma, de júbilo, prolongado y agudísimo.

La columna vencedora se detuvo un instante, emprendió de nuevo la marcha, alcanzó á los fugitivos, alejóse detrás de ellos, hízose pequeña, pequeña, convirtiéndose al fin en un punto negro y desapareció.

En aquel instante, una voz fuerte y vibrante resonó en medio de nuestro batallón.—¡Vosotros ahora; á las filas!

Era la voz de nuestro comandante.

Probad á dejar caer un pedazo de papel encendido sobre uno de esos hormigueros que como mancha negra se ven en el suelo, inmóviles al parecer, y que á primera vista no se distingue qué cosa sean. La menuda muchedumbre, asustada, se remueve vertiginosamente y se arroja furiosa hácia sus subterráneos conductos. ¡Dichosas las primeras! Las otras se agrupan, se aprietan, se atropellan; está cerrada esta boca de su madriguera, pues á buscar otra en seguida; también esa la hallan cerrada, pues al punto á una tercera puerta; ¿no está expedita tampoco? pues de nuevo á la primera entrada, y cuando la mayor parte se ha metido en el hormiguero, aun corren muchas hormigas desesperadas y á ciegas, de acá para allá, más muertas que vivas, hasta que encuentran por fin algún refugio cuando se agotan ya sus fuerzas.

Aparte del terror, así sucedió al resonar aquella voz entre los soldados.

En un instante todos estuvieron en pié, todos armados. Las filas se ordenaron precipitadamente. Por todas partes movimiento y agitación, ruido y gritería; después silencio completo. Alguno corría aún en busca de su sitio; quien lo

encontraba vacío se colocaba en él, quien no lo encontraba se hacia puesto con el manejo de los codos. Todos están ya en su lugar.

Mirad esa muchedumbre, poco ántes diseminada, tendida en el suelo, con el capote abierto, con el cinturón suelto, con las armas en tierra; miradla allí, en un abrir y cerrar de ojos, formada, inmóvil, erguida, unida, con el semblante serio y tranquilo. Miradla á la cara, y vereis que es gente dispuesta á ver las espaldas del enemigo, ó á morir. Mirad la bandera: está inmóvil, el brazo que la sostiene no tiembla; mirad bien esos soldados que en torno de ella la rodean con una muralla de aceradas bayonetas. Sólo el verlos, espanta. Hay ojos que parecen rayos.

—¡Marchen!— grita la conocida voz.

Un movimiento simultáneo en toda la columna, un estremecimiento, un murmullo; silencio y quietud despues.—¡Marchen!—repiten los capitanes.

—¡En marcha, pues; arriba, á la colina! La compañía que va al frente se detiene un instante ante el primer seto que encuentra al paso. Las compañías que siguen la empujan. La pesada columna se aprieta, oscila de un cabo al otro sobre el desigual terreno, despues se rompe, se ensancha, se estrecha, se alarga, se recompone, vuelve á detenerse, vuelve á empujarse, avanzando á pasos desiguales, á intervalos, á empujones.

Quien va á la cola siéntese de pronto lanzado atrás por la mochila del que va delante, y á los pocos pasos resbala sobre aquél, y le hace caer en una zanja. Quien va en los flancos, golpeado por derecha é izquierda, empujado por los codos de sus compañeros, avanza tambien tropezando y cayendo, con la cabeza baja y á largas zancadas. Aquí se presenta un nuevo seto: levantar las piernas, altos los fusiles. Aquí aparece un foso: hay que tomar carrera para saltarlo. Aquí las ramas de los árboles dificultan el paso: hay que bajar la cabeza y separarlas con la mano. Hierbas, arbustos, setos, vides, surcos, sendas, todo cede, todo desaparece bajo aquella oleada, bajo aquel peso, bajo aquella multitud incontrastable. De pronto el terreno se hace escabroso, y la cuesta escarpada. El pié resbala, muchos caen, —¡Arriba, apoyarse en los codos, afirmar el pié, adelante, adelante!— Los más se ayudan con las manos, con la culata del fusil, con las rodillas; los troncos, las ramas, las peñas, las raíces, todo sirve de apoyo á la mano convulsa. Unos trepan por aquí, otros saltan por allá, el que retrocede vuelve á escalar la cumbre, y las fuerzas van menguando, y el sol es cada vez más ardoroso, y falta la respiración.—¡No importa! ¡ánimo! levantar los ojos para ver cuánto falta; ya falta poco. ¡Volvamos ahora la mirada atrás: un largo rastro de soldados caidos señala el

paso de la columna; muchos tratan de levantarse y vuelven á caer: ya estamos casi, ya vamos á llegar...

¡Oh! un silbido prolongado, agudo, estridente, rabioso pasó por encima de la columna. Un grito ahogado, un profundo estremecimiento, todos al suelo.—¡Levantad esas cabezas! grita la conocida voz. Cuando se oye silbar la bala, es que ya ha pasado. Todos en pié.—Ya estamos, ya nos han visto. Estrechémonos, abajo las bayonetas, ¡adelante, adelante! Otro silbido más prolongado, más sutil, más próximo, más espantoso. Todos al suelo.—¡Muchachos, voto á bríos! repite la misma voz, ¡mirad la muerte cara á cara! ¿quién dijo miedo? Otro silbido, otro: todos ilesos. Estamos ya en salvo, estamos en el sitio convenido. ¡Alto! ¡aguardad!

Todos vuelven los ojos alrededor, maravillados. ¡Qué llanura tan inmensa, tan magnífica! El cielo, enteramente despejado, dejaba ver hasta las últimas lontananzas. Por un lado, léjos, muy léjos, montañas, y detrás otras montañas, y detrás otras, altas, azules, resplandecientes. Al otro lado llanura, siempre llanura. Toda aquella superficie verde aparecía surcada por largas y sutiles líneas blancas, que se cortaban en muchos puntos y se perdían entre lejanos árboles, levantando en ciertos puntos nubes de polvo, que heridas por el sol, aparecían blanquísimas; aque-

llas líneas eran los caminos que habíamos seguido por la mañana; aquellas nubecillas anunciaban el avance de algunas columnas italianas. Algunas casuchas acá y allá, medio ocultas entre los árboles, como si tuvieran miedo y no quisiesen ver lo que pasaba. Bajo de nosotros, como espectador silencioso y atrevido, Villafranca; á la otra parte, hácia los enemigos, unas manchas oscuras, en medio de la verdura de los campos, y un fulgurar intermitente de bayonetas; ora avanzaban, ora se detenían, ora se inclinaban á la derecha, ora á la izquierda, como si estuvieran dudosas é inciertas de la más conveniente direccion. Más cerca de nosotros, en la misma llanura, cuatro ó cinco cañones austriacos, que hacían un fuego continuo y lento. A la parte opuesta y á los mismos piés de nuestra colina, disparaban sin cesar, como los otros, pero más pausadamente, otros tantos cañones de los nuestros. Detrás de nosotros, á las faldas de una colina cercana, veíase una densa humareda blanca: era el ala extrema de otra division. Nada más veíamos, ó por lo ménos, no recuerdo haber visto otra cosa. Estábamos allí en expectativa, contemplando aquel cuadro maravilloso.

En los momentos de profunda emocion, cuando se estremece dentro de nuestro espíritu algun afecto supremo, algunas veces inconscientemente nos distraemos de aquello que tanto nos pre-

ocupa, arrebatados por las imágenes y pensamientos más pueriles y extraños, como si estuviéramos en un momento cualquiera de la vida ordinaria acostumbrada. Divisando á lo léjos un campanario, pensaba yo:

—Es domingo: aquella pobre gente se ha vestido esta mañana de gala; ha salido de su casa contenta y satisfecha, despues habrá ido á misa... Para aquellos aldeanos, es un día como todos los demás. Ni sabrán quizás lo que aquí pasa, y sin embargo allí habrá tambien madres que tendrán hijos soldados... y fijándome en estos pensamientos, veía en la imaginacion á todas aquellas mujeres, en la iglesia, de rodillas, rezando con fervor, y me fijaba en su semblante. Aquella, sí, aquella es la madre de un soldado... y á cada cañonazo la veía palidecer y temblar.

De pronto, un sargento, que estaba sentado junto á mí, levantóse, anduvo dos ó tres pasos con la cabeza erguida, el rostro risueño y los ojos fijos en el horizonte, hácia la parte de las montañas; despues extendió el brazo, apuntó con el índice, se detuvo un instante: miró alrededor á sus compañeros, y—¡muchachos!—gritó con voz fuerte y clara,—venid acá.

—Muchos se levantaron y acudieron.—Mirad, añadió—manteniendo siempre el brazo tendido y el índice apuntando: ¿veis allá abajo, aquellas torres y aquellas casas?

—¿Dónde? ¿dónde?—preguntaron muchos otros, acercándose con pasos presurosos.

—¡Allá, allá! mirad bien donde señalo.

—Ya lo veo, dijo uno.—Tambien yo,—tambien yo.—Todos lo vemos.—¿Y bien?

—¿Y bien?—respondió él con voz sonora y estremecida, aquella es Verona.

—¡Verona, Verona!—gritaron todos batiendo palmas. Corrió la voz. Todo el batallon en un minuto estuvo allí. Todos, con el rostro vuelto hácia aquella parte, con los brazos extendidos hácia aquellas torres, con la boca entreabierta para pronunciar aquel nombre, miraban hácia allá como se mira... ¿Ha estado V. alguna vez mucho tiempo sin ver á su madre? Si ha ido á esperarla, habrá V. tendido la mirada ávidamente á lo largo del camino por donde debia llegar, y cuando en el fondo de aquel camino, léjos, muy léjos, ha descubierto un punto negro y una nubecilla de blanco humo, y ha escuchado el silbido de la locomotora, dígame V. señorita, ¿qué es lo que ha sentido en el corazon?... Pues eso, eso era lo que sentíamos nosotros allí, clavando los ojos en aquellas torres suspiradas... pronunciando aquel nombre querido...

La jóven se estremeció.

—Estaban allí los cuatro batallones del regimiento,—continuó el oficial. De improviso oyóse una voz de mando. Todos los soldados se ponen

en pié, los oficiales gritan—¡á las filas!—las compañías se forman, y todos callan. Otra voz de mando, y todos los oficiales repiten:—calen bayoneta—y los cuatro batallones calan bayoneta, y despues... nuevo silencio. ¿Qué es, qué pasa? se preguntan todos. Llega el ayudante del coronel á caballo, aproximase á nuestro comandante, y le dice algo al oído. El comandante grita,—¡adelante, marchen!—El batallon se mueve, vence la cumbre y comienza á bajar la pendiente á la parte del enemigo. Todos los que estábamos entre filas y en el centro de la columna, alargamos el cuello é inclinamos la cabeza á un lado y otro, para ver adonde vamos; pero no conseguimos descubrir nada. Tapa la vista la primera compañía. Vuelvo atrás los ojos, y diviso los otros batallones, que nos siguen de léjos á paso lento. Por fin, en el instante en que la última compañía hallábase sobre una elevacion del terreno, entreveo en lontananza, tras los árboles, un movimiento, unos resplandores...

En el mismo instante oigo un terrible estampido, y agudísimos silbidos á derecha, á izquierda, á mis piés, sobre mi cabeza, y gritos desgarradores á los pocos pasos, y á lo léjos una gran humareda blanca, y despues una voz de mando estentórea:—¡Ataque á la bayoneta!—El batallon, desordenado y revuelto, adelanta, paso de ataque. Otra voz, no ménos enérgica:—¡Saboya!

—El batallon prorumpe en agudísimo grito y se lanza á la carrera. No se ve más que humo.

Otra detonacion, otros silbidos.—Adelante, adelante...

¡Alto!—La corneta ha dado señal de detenerse.—¿Dónde estamos? ¿Dónde está el enemigo? ¿Qué pasa?—¡Oh! ¡Qué humareda!—El batallon está todo diseminado.

Allí hay una casa; parece que salga de ella fuego de fusilería.—¡Ataque á la bayoneta!—se oye gritar confusamente en medio de los disparos. El batallon se lanza de nuevo á la carrera. ¿Adónde vamos? ¿Por dónde pasamos? No se ve nada. ¡Ah! Ahí se ve una puerta. Entremos á la bayoneta. Dentro un corral, los enemigos, una bandera.—¡Animo, á ellos!—En torno de la bandera hay un baluarte de soldados y una muralla de bayonetas inmóviles. Los primeros, atacados furiosamente, caen. Sobre los otros, firmes como columnas, detiéndose la furia de los que embisten, y comienza una tempestad deshecha de golpes que se sienten y no se ven. Las bayonetas se cruzan y chocan con aguda resonancia; crujen los fusiles rotos, óyense por todas partes aullidos horribles y broncos gemidos; el grupo de los combatientes se estrecha, y ya, dejando las armas, se cogen unos á otros por la garganta, crúzanse brazos y piernas; caen y vuelven á levantarse. El grupo que rodea la bandera es cada vez más reduci-

do; el abanderado recibe un bayonetazo en el pecho.

—Toma,—grita con voz moribunda, y coge otra bandera. Mientras tanto, se combate en todas las partes de la casa; óyense gritos lastimeros dentro de las habitaciones; se sienten temblar los pisos bajo el peso de pasos precipitados, y abrirense las puertas con estrépito á culatazos. Los defensores corren desesperadamente de una á otra parte; se parapetan tras las puertas, en los rincones; los que atacan llegan gritando y se esparcen por el interior del edificio; los persiguen, los acosan, los cosen á bayonetazos; corre la sangre por el pavimento y por las escaleras; los vencidos no se rinden; los prisioneros se sublevan, se arrojan por las ventanas y se precipitan al corral, donde son perseguidos y mueren antes de saltar las tapias. Otros buscan refugio en los tejados; otros, heridos y ensangrentados, se arrastran por el suelo huyendo del furor de la pelea. Los defensores de la bandera están en el último extremo.—¡Rendíos!—gritan los nuestros.—¡No! ¡no! responden con voz ahogada ¡guerra á muerte!—Entónces se oye un fuertísimo grito que hace retemblar la casa, y en el mismo punto sale del grupo de los combatientes un soldado con la bandera enemiga en la mano, ensangrentada y rota; pero con la frente erguida y luminosa.—¡Viva!—repite cien veces por todos los lados de la casa. Se

oye un toque de corneta.—¿Qué es, qué ha pasado?—Retirada.

—¿Cómo? ¿por qué?—¡Es imposible! ¡Silencio!—Otro toque de corneta, y la voz de mando del comandante.—¡En retirada!—¿Cómo? ¿Retirada?—¿Nosotros?—¿Nosotros mismos?—¡Es imposible! ¡Es imposible!

—Estamos ya fuera de la casa. El comandante indica la direccion del camino. Los otros batallones hállanse ya en marcha.—¡Santo Dios! ¿Nos retiramos?—Mi capitan, en nombre del cielo, ¿por qué nos retiramos?—El capitan, sin decir palabra, se vuelve hácia la parte del enemigo, y extiende el brazo hácia la llanura como para señalar algo. Miro... Era una columna enemiga que avanzaba sobre nuestras espaldas, larga, interminable, perdiéndose en las lontananzas de la campiña. Quedé frio como el hielo.

—Pero, ¿y los otros cuerpos, mi capitan? ¿Y las otras divisiones? ¿Dónde están, qué hacen, por qué no vienen?

—¿Qué sé yo? contestó, levantando los hombros.

—Entónces, ¿es que hemos perdido la batalla?—exclamé con desesperado acento.

—Eso parece.

Miré mis soldados, miré de nuevo la columna austriaca, miré á Villafranca, miré aquella hermosísima llanura lombarda, aquel espléndido

cielo, aquellos soberbios montes. ¡Pobre patria mia! exclamé juntando las manos... y lloré como un chiquillo.

La jóven inclinó la frente sobre la palma de la mano y meditó.



UNA MEDALLA.

I.

QUÉ aspecto tan sombrío y qué mirada tan torva siempre!— Así decía entre dientes un capitán, después de pasar revista á su compañía.— ¿Y por qué? Después de todo, ¿qué es lo que yo le he hecho?

Hay caracteres duros, altaneros, selváticos, en los cuales es tan vivo y suspicaz el amor propio, que en cada sonrisa ven una burla, en cada palabra suponen una asechanza, en cualquier persona un enemigo. Quizás en el fondo es buena su índole y respetuosa; y parece por el contrario soberbia y díscola. Son espíritus reservados por natural desconfianza de los hombres; no tienen afectos espontáneos; no aman de buenas á primeras;